

La abuela va a la escuela

GABRIEL GARCÍA DE ORO

Ilustraciones de Laura Pérez Granel





La abuela va a la escuela

edebé

Gabriel García de Oro

La abuela va a la escuela

Ilustraciones: Laura Pérez Granel

edebé

© Gabriel García de Oro, 2017
© *Ilustraciones*: Laura Pérez Granel, 2017
Representada por PencilIlustradores

© Ed. Cast.: edebé, 2017
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura infantil: Elena Valencia
Diseño de colección: Book & Look

Primera edición, septiembre 2017

ISBN: 978-84-683-3120-1
Depósito legal: B. 6243-2017
Impreso en España
Printed in Spain
EGS – Rosario, 2 – Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

A Teresa y María, mis abuelas.

Índice

1. «La abuela va a la escuela»	9
2. ¿Estás segura, Maite?	19
3. ¡El profesor no está!	33
4. Muerto de sueño	45
5. Un profesor muy despierto	57
6. Un fantasma en el gimnasio	69
7. La acampada fantasma	79
8. Chong llega tarde	95
9. Tu canción de los gatos	105
10. La leyenda del tesoro de Calasfera	117
11. ¡Arg! ¡Arg!	127
12. Un cero para Calasfera	143
13. Un ladrón que no roba nada	153
14. En el despacho del director	163
15. Examen de natación	173
16. La cabeza en el agua	187
17. Un colegio para Calasfera	199

1

«La abuela va a la escuela»

Sofía se levantó de la cama antes de que sonara el despertador. Por culpa de los nervios no había dormido demasiado bien. Aun así, estaba llena de energía. Cuando apareció en la cocina para desayunar, encontró a su padre con más energía que ella:

—Hola, tesoro. Buenos días.

—Buenos días, pa...

—Mira, mira. ¡Salimos en el periódico! Mira aquí. ¡Es fantástico! ¡Somos noticia!

—¡Roberto, por favor! Desayunamos primero, ¿no? —Nieves, la madre de Sofía, protestó mientras terminaba de preparar unas tostadas—. Lleva así desde que se ha levantado.

—Bueno, está bien. Tú desayuna y yo te leo esto. Ja, ja, ja. ¡Calasfera sale en los periódicos! Lo de Maite ha corrido como la pólvora. ¡Qué tía! ¡Quién lo hubiera dicho! Pedro me ha enviado un mensaje diciendo que también hemos salido por la radio. Y en Facebook se ve que llevamos un montón de comparticiones. ¡Miles! Yo creo que hasta saldremos en la tele. Quién sabe, a lo mejor nos convertimos en el pueblo de moda.

—Toma, cariño, tu leche. Aquí tienes la mantequilla y la miel —dijo Nieves, como si en lugar de su marido estuviera parlotando una radio de fondo.

—Solo el titular, tú mira solo el titular —insistió Roberto, que levantaba el periódico con la mano y lo agitaba en el aire como una bandera—. Estos periodistas siempre le encuentran la vuelta a todo.

—Papá, así no puedo ver nada —Sofía, de buen humor, trataba de agarrar la mano de su padre. A ver si así se estaba quieto.

—¡También lo tengo aquí! Somos multimedia, ja, ja, ja —ahora mostraba el teléfono móvil. Roberto tenía las dos manos ocupadas y una sonrisa en los labios que le llenaba los ojos—. Bueno, da igual, tu madre tiene razón. Tú, desayuna. Yo lo leo en voz alta. ¿Preparada?

—Sí, preparada.

—¿Seguro, seguro?

—¡Va, papá!

—Muy bien, pues ahí va el titular: «La abuela va a la escuela».

Dejó que la frase flotara en el aire. Sofía se quejó.

—¡Sigue, papá!

Roberto, ahora, se lo tomó con calma. Se limpió las gafas con la camisa. Luego se alisó la camisa, descolocada por haber limpiado las gafas. Hizo ver que se peinaba. Al fin, carraspeó, igual que si estuviera a punto de leer un discurso delante de un auditorio abarrotado.

—«La abuela va a la escuela —repitió—. En Calasfera, un precioso pueblo de la cos-

ta norte, Maite Torras Codina, una anciana de 75 años...». ¿Setenta y cinco años tiene Maite? ¡Tiene más! ¡Esta se ha quitado años de encima!

—¡Siiiiiiiiiiiiiiigie! —protestaron a la vez Sofía y su madre.

—¡Vale, vale! A ver, por dónde iba. Sí. Aquí. Decía que «Maite Torras Codina, una anciana de 75 años, ha decidido compartir pupitre con los niños y niñas del pueblo. ¿La razón? La falta de alumnos, que amenazaba con cerrar el Patrona del Mar de Calasfera, uno de los colegios más antiguos de la zona. El director del colegio, Rodrigo Castaño, en declaraciones a este periódico, ha asegurado: “Todos estamos muy ilusionados —Roberto cambió un poco la voz—. Aún nos dura el susto. Pero por ahora todo ha salido bien, aunque la verdad es que ha habido momentos en los que hemos pensado que había llegado el final. Ha pasado en otros pueblos. Poca gente. Pocas oportunidades. Familias que se van y colegios

que cierran. Gracias a Maite, sin embargo, tenemos un año de margen para que sigan abiertas las puertas del Patrona del Mar". Y así es, por el momento...».

—¿Qué quiere decir eso de «por el momento»? —interrumpió Sofía, que sospechaba que no le iba a gustar la respuesta.

—Espera, que aquí lo pone —contestó su padre, dándole golpecitos al periódico—. «Efectivamente, por ahora las puertas del colegio seguirán abiertas. Solo por ahora, sí. Porque como ha anunciado el supervisor educativo de la zona, Carlos Abate, a pesar de que Maite este año vaya a la escuela, si no se dan las condiciones necesarias como para que los niños aprendan y asuman los conocimientos propios de su edad, el colegio cerrará. Lógicamente, insiste el señor Abate, "el cierre del Patrona del Mar no significaría que los niños se quedaran sin escolarizar, sino que serían reubicados en otros colegios cercanos a Calasfera". Desde la redacción, también hemos...».

—¡Cercanos, dice! Pero si el que está más cerca está a cuarenta y cinco minutos en autocar —protestó Nieves.

—No te enfades con el periódico, no te puede oír —bromeó Roberto sin éxito.

—No me hace gracia.

—¿Qué más, qué más, papá?

—Poco más. Dice que la abuela no ha querido hacer declaraciones.

—¡Léelo! ¡Léelo! —protestó Sofía.

—Cariño, tu padre se lo sabe de memoria. Lleva leyendo esa hoja desde que se ha levantado.

—No todos los días somos noticia. Je, je, je. Pero, vale, te lo leo: «A pesar de que la abuela no ha querido hablar con la prensa, fuentes cercanas han asegurado que lo que pretende Maite es aprender. Las cosas han cambiado mucho desde que era niña y a su edad pretende actualizarse».

—¡A muchos les haría falta, sí, señor!

—Mamá, deja que papá termine.

—¡Alguien que me escucha! Gracias, tesoro. Pues nada, eso, acaba diciendo que es verdad, que un pueblo sin escuela va muriendo. Aquí, en el último párrafo viene lo más interesante: «Cabe señalar que, a pesar de lo simpático de la noticia, también se han levantado voces en contra de la abuela que va a la escuela. Algunos se preguntan si la presencia de Maite puede perjudicar a los niños. A su aprendizaje. Incluso, desde estos sectores, insisten que se trata de una situación ilegal. El supervisor Abate ha rebatido estas críticas asegurando que, después de estudiar el caso detalladamente y de escuchar a todas las partes implicadas, la Administración decidió aprobar la incorporación de Maite. Además, la asociación de padres y madres del Patrona del Mar de Calasfera dio su apoyo. Pues ya lo ven, hoy empieza un nuevo curso para miles de niños y niñas de este país. Niños y niñas de cualquier edad». Y hasta aquí.

—Papá, ¿por qué dicen que hay gente en contra de Maite?

—No lo sé, tesoro. Pues como todo. Pero lo importante es que...

—Lo importante es que los padres estamos todos de acuerdo —dijo Nieves muy seria, como si se lo estuviera diciendo al periodista que había escrito el artículo—. Lo que sí deberían estar en contra es de cerrar colegios, no de que la gente quiera aprender. ¡Si todos hicieran como Maite, mejor nos iría!

—¡Y mirad aquí! Han puesto una foto preciosa de Calasfera —Roberto cambió de tema. Sabía que cuando su mujer hablaba de esos temas acababa enfadada. Y él solo quería disfrutar de esa mañana en la que su pueblo era noticia—. Preciosa, ¿o no?

Roberto giró el periódico y enseñó una fotografía de Calasfera. En color. Tomada desde el mar y donde se veía una playa cortada por un acantilado. Encima, casitas blancas, como la corona de una princesa de cuento de hadas. Las ventanas de colores, rojas, verdes y alguna azul, moteaban la imagen.

—Por aquí, si siguiera la imagen, estamos nosotros.

—Me voy —a Sofía ya no le interesaba el periódico.

—Si es muy temprano, todavía. Vale que sea el primer día de cole, pero llegarás antes que el profesor, que por cierto es nuevo y me han dicho que es muy majo.

—No voy al cole, mamá. Voy a casa de Maite. Quiero acompañarla. Por si necesita algo.

—Bueno, pero digo yo que puedes terminarte el desayuno.

—Mira, esta tostada para el camino. ¿A que puedo irme ya, papá?

Roberto hizo ver que no se enteraba y Nieves se rindió.

—Bueno, ve con cuidado. Y pórtate bien.

—Espera, voy contigo —Roberto tenía la mirada pegada a la pantalla de su teléfono—. ¡Pedro me dice que la tele está delante de la casa de Maite! ¿Qué os había dicho? ¡La tele!

